

ESPACIOS DE INFANCIA, ESPACIOS DE EXILIO. EN TORNO A MANUEL ANDÚJAR

Nuria Ruiz de Viñaspre

RESUMEN: Homenajeando el título de este encuentro, *Espacios de infancia, espacios de exilio*, y correspondiendo a la importancia que tuvo para el escritor giennense el espacio y el lugar natal (CITO un texto que entresaco de este encuentro en boca de Manuel Andújar: «*volver a mis lugares natales, en su entero y fronterizo entorno*»)... homenajeando todo esto, insisto, me decanto casi por inercia por proponeros un ejercicio sobre esa estancia pequeña que tanto abarca: el espacio de la infancia. Y qué mejor modo de hacerlo que desde Francia, país al que exilió Manuel Andújar y de la mano de otro gran literato, Marcel Proust. Explorador minucioso de la mente humana, y que, en aquel largo *camino de Swann*, descubrió, gracias a una magdalena alborotando su paladar, cómo jugar involuntariamente con el pasado, para que este, por muy enterrado que esté, sea un presente perpetuo cuya salvación dure lo que dura el sabor de esa magdalena en nuestro paladar, por muy extenso e intenso que sea el país que transitemos.

LA MEMORIA INVOLUNTARIA O LA VUELTA VOLUNTARIA DEL YO

Una magdalena en Francia en boca de un perro en Rusia

La infancia es un país del cual somos exiliados y al que nunca podremos regresar y como en casi todo exilio –véase el hoy de Andújar–, allá donde vayamos o allá donde nos lleve la vida, llevaremos con nosotros la impronta y la nostalgia de la tierra primera.

La magdalena de Proust nos lleva exactamente a aquella hectárea primera en la que revestidos aún de arcilla vivíamos intensamente la infancia. Años estos donde la muerte no existía ni la palabra exilio, ni tan siquiera esta futura desmemoria, que de no ser por el literato francés jamás hubiéramos recuperado.

La teoría proustiana pone en funcionamiento el espacio, el tiempo y la memoria a través de los sentidos más primarios: olor sabor visión o tacto. Y en este tipo de experiencias, nosotros no dejamos de ser más que piezas pasivas a las que les afloran los recuerdos involuntariamente. Pellizcos de felicidad

El primer pellizco de Proust pudo ser este que dejó escrito en *El camino de Swann*¹

En el mismo instante en que ese sorbo de té mezclado con sabor a pastel tocó mi paladar... el recuerdo se hizo presente... Era el mismo sabor de aquella magdalena que mi tía me daba los sábados por la mañana. Tan pronto como reconocí los sabores de aquella magdalena... apareció la casa gris y su fachada, y con la casa la ciudad, la plaza a la que se me enviaba antes del mediodía, las calles...

Mientras que el pellizco de Andújar bien podría ser este otro que dejó escrito en una conferencia organizada por la *Asociación Cultural Aznaitín de Úbeda*²

En este rosario de remembranzas, no puede faltar una evocación... Tras avistar el puerto de Veracruz, ser recibidos en olor de multitud, en la ancha explanada, invitados a bocadillo y bebida por un cantinero asturiano, acogerse a un refugio, para, a la mañana siguiente, salir a callejear, suelto, y contrastar la blancura colonial de los edificios y la mezcla de colores de la gente –criollos, indígenas, mestizos– y su diferente ritmo al caminar y su distinto acento al hablarse y hablarnos. Alentaba allí con visible huella española, otro mundo, una forma harto peculiarizada de alimentación, con música en la dicción de parcial impropria andaluza. El clima, la vegetación, la festoneada costa, los murmullos nocturnos, impregnados de poder mágico.

Todos experimentamos y saboreamos nuestras propias magdalenas. Cuántas veces un olor a tierra o a perfume, una música, un sabor, un detalle minúsculo dentro de nuestro paladar ha sido la válvula de toda una catarata de recuerdos de la infancia... y es que en esa tierra proustiana, oler, oír, saborear, es ver. Un detalle pequeño. Un olor, por ejemplo. Un olor que se evapora y de duración determinada que nos lleva a algo más grande que ese olor. Una casa. Una casa más grande que ese pequeño olor, y que nos lleva a su vez a una calle. Una calle larga, una avenida que

¹ PROUST, Marcel. *En busca del tiempo perdido (Vol. I), Por el camino de Swann*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

² ANDÚJAR, Manuel. *El mestizaje cultural en Andalucía e Iberoamérica*. Conferencia organizada por la Asociación Cultural Aznaitín. Úbeda, 1982.

sabe y que cabe en esa casa grande y que nos lleva a un año, a un mes, a un día exacto, a un instante, a un sonido, a un ambiente familiar o *desfamiliar*, a una época nuestra mucho más grande que la casa el olor la calle, y nos introduce en un mundo de sensaciones más ancho aún que esa casa donde entra el olor el lugar el tiempo y la propia casa. El espacio sensorial. El espacio de la infancia. Un «algo pequeño» que al experimentarlo comenzamos a salivar como si fuéramos hambrientos perros de Pavlov tras escuchar esa campana que era pronóstico de alimento, anticipándonos así al resultado que nos esperaba a la vuelta de la esquina.

De este modo comprobamos cómo ambas teorías son ondas expansivas que van de lo minúsculo y perecedero (un olor leve) a lo mayúsculo e impercedero (una sensación vivida y recuperada en la memoria). Recuerdos que son, en ese mismo *instante*, más presentes que la propios instantes que vivimos recordándolos. Eso sí, no podemos ni debemos olvidar que tanto el perro de Pavlov como la magdalena de Proust están condicionados. Condicionamiento proustiano y condicionamiento pavloviano. Proust saliva en cuanto mete la magdalena en su boca, mientras que Pavlov demuestra científicamente cómo un sonido asociado con comida puede llegar a provocar salivación antes incluso de introducir el alimento en la boca. Esto es, antecederse a la llegada de algo.

Me da por pensar que si en Proust la memoria es firmemente involuntaria, ya que ningún elemento externo se interpone en el hecho de traer un recuerdo al presente cuando saboreamos u olemos algo (salivación inmediata), en los perros de Pavlov sí es despertada voluntariamente, ya que un elemento externo decide despertarla a la futura salivación, o por el contrario, extinguirla. Por lo tanto, podemos llegar a pensar que está en nuestra mano decidir cuándo deseamos traer al presente nuestros pellizcos de felicidad pasada y cuándo deseamos detenerlos.

Ambos descubrieron la existencia del condicionamiento clásico, uno lo estudió desde un laboratorio y el otro lo describió autobiográficamente, pero ¿descubrió Proust a Pavlov o descubrió Pavlov a Proust? En cualquier caso, resulta muy curioso cómo el diapasón entre la ciencia y las letras son una misma cosa: condicionamiento clásico. Quizá el pasaje de la magdalena de Proust fuera la descripción perfecta del condicionamiento clásico del científico Pavlov.

MIS CINCO MAGDALENAS PARTICULARES

1. El olor del rastro del césped recién cortado, brizna de hierba lanzada con un rastrillo hacia un lado por mi padre en un pequeño chalet que ya no existe, a las afueras de una gran ciudad que persiste...
2. La tortilla francesa con jamón york y zumo de naranja que nos preparaba mi madre en verano para desayunar antes de salir en bici con la panda de amigas, en un pequeño chalet que ya no existe, a las afueras de una gran ciudad que persiste...
3. Una sonata de Schubert (imposible desentramar en mi cerebro la pieza exacta, ya que cualquier sonata de Schubert me lleva a la infancia). Científicamente no sé por qué. Pero no dejo de preguntarme cómo adorando como adoro a Bach su música no es magdalena en mi paladar y sí lo es Schubert.... (¿quizá Schubert es la submagdalena de Bach?)
4. El cuadro de *La muerte de Marat* que cuelga de la pared que siempre tengo enfrente vaya donde vaya la casa de mi cuerpo. Aún no he descubierto por qué ese cuadro es tan importante para mí. A veces lo miro y no solo me lleva a mi infancia, a un momento exacto de esa estancia, sino que siento que viví en aquella bañera donde hoy yace Marat perpetuado. Ustedes no lo pueden ver pero en este mismo instante en que estoy escribiendo sobre esta magdalena, puedo mirarla directamente y ver a Marat yaciendo en el fondo del mar de mi pared y con su pluma en la mano. De nuevo, lo relativo del tiempo y el espacio. Un aquí y ahora que fue el aquí y el ahora antiguo
5. El olor que desprende una cosechadora. Esto me lleva a cuando de pequeña conduje ese enorme trasto subida en las piernas de mi padre. Recuerdo, por cierto, que me trae el sub-recuerdo de que a mí no me gustaba mi padre. Cuando saboreo esta magdalena evoco lo sencillo que era conducir ese enorme vehículo grande como el corazón de un barco. Recuerdo su color verde-campo. El poder de mi altura siendo una enana en edad y tamaño. Recuerdo mis manos pequeñas sujetando enormes pero sencillas palancas remachadas con aquellos tornillos gigantes. Las ruedas concéntricas que te acercaban a un cielo rojo ensangrentado por un ocaso. Recuerdo los campos sin piedras. Un olor a tierra arrancada. Las cicatrices que dejaba a su paso. El surco. Recuerdo

los dientes de ese animal verde (porque recuerdo que era verde, insisto) limpiando el camino. Recuerdo sobre todo eso, cómo se limpiaba el camino a su pasar lento. Muy lento. Recuerdo la limpieza. Lo llano. Lo liso. Lo fácil. La arcilla al fin. Recuerdo la esencia. La esencia de ese enorme contenedor verde.

Como veis, ver la magdalena no devuelve nuestra memoria involuntaria, lo que la trae es el olor de cerca, el sabor, la visión o la experiencia de algo cuya desaparición ha persistido en nuestra mente a lo largo del tiempo.

El Swann de Proust³

Cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frágiles, más vivos, más inmateriales, más persistentes y más fieles que nunca, el olor y el sabor perduran mucho más, y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita el edificio enorme del recuerdo

Lo que no sé si pensó Proust (quizá sí Pavlov) es que del recuerdo a la melancolía hay un metro cuadrado dentro de la gran hectárea en la que vivimos. Y la melancolía es como un animal mojado, un perro muerto incrustado en el pecho. Saber que ese pellizco de felicidad que nos ofrece Proust en miles de ocasiones desaparecerá como desaparece un detalle pequeño como un olor, nos baja a la siguiente estancia, la tristeza. La tristeza de lo perdido. La abeja reina.

Aún así, es curiosa la memoria. La memoria del dolor o la alegría en Proust. El resultado que nos da a esa ecuación gastronómica es felicidad, instantes de dicha irrecuperable, salivación, pero también miedo, nostalgia (esto en altísimo grado), deseo, alivio, euforia... El estímulo más insospechado puede rezumar de nuestra piel pasada. Algo inexplicable por tanto, comprender cómo es posible que la dicha, o la tristeza, incluso el miedo en un niño, puedan brotar, años más tarde, del interior de una magdalena dentro de un paladar.

Una Guerra Civil. Un exilio. De La Carolina, en Andalucía, a un campo de concentración en Saint-Cyprien, Francia. De un campo de concentración en Saint-Cyprien, Francia, a Veracruz, México. De Veracruz, México, a Madrid, España. País natal que abre y cierra el aro. Dos exilios.

³ PROUST, Marcel. *En busca del tiempo perdido (Vol. I), Por el camino de Swann*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Si uniéramos en un mapa esos puntos como si fueran los pies de Andújar, el dibujo sería una larga elipse de exilios y de entendimiento ajeno que cruza todo un océano Atlántico. Rueda lenta del exilio.

Me gusta pensar que la magdalena de Proust en Manuel Andújar, o más exactamente, el perro de Pavlov en Andújar, pudo ser el olor de su tierra primaria. La Carolina. Solo ella despertaría su salvación. Dentro de toda una Sierra Morena y cuya fauna son animales depredados, no depredadores, reses bravas, ovejas, cabras, caballos, caballos llenos de música... y todo el olor que desciende de ellos.

Y su Proust, este otro fragmento de magdalena. Un fragmento de *Cristal herido*⁴ primer novela de Andújar publicada en 1945, y que describe con perfección proustiana un pasado no resuelto en la memoria.

Nadie en el piso. Es una tarde melada y redonda de octubre. De par en par las ventanas que dan a la calle, con un cuadernillo para resumir experiencias, me dedico al deleite simplón de atisbar el paso de las criadas en asueto, de las ristras familiares que desfilan. No atino con la forma de empear. Quisiera captar, en su dibujo característico, el enjambre de individuos que se han descolgado en mi vida. Pero temo cansar, y cansarme, si no establezco en la reseña de un vago orden de congruencia y desapasionamiento.

⁴ ANDÚJAR, Manuel . *Cristal herido*. ANTHROPOS, 1985.